

V a r i t é

De amores y pasiones
en mujeres de hoy y de antes

Pasiones y... ¡pasiones!

Una solución para lo irreducible *

Del amor y la guerra



De amores y pasiones en mujeres de hoy y de antes

A 30 años de la muerte de Jacques Lacan, más que homenajes de conmemoración a su muerte, respondemos por la vía de una genuina transferencia de trabajo, reforzando y multiplicando en acto su deseo y su pasión por el psicoanálisis.

La propuesta para las VII Jornadas de nuestra Escuela, que tendrán lugar en Medellín en octubre del próximo año, “El sexo y el amor en el siglo XXI. ¿De qué satisfacción se trata?, orienta nuestra atención, en esta oportunidad, hacia estos temas con los que, por otra parte, nos confrontamos día a día. Pues, en general y bajo distintas modalidades, resultan uno de los motivos de consulta más frecuentes en nuestros consultorios. Problemas de sexo. Problemas de amor. Incluso, hasta cuando en un principio no fueren las causas por las cuales los pacientes nos convocan, resulta casi insalvable que en un momento u otro del tratamiento, los sujetos no se vean atravesados por estos interrogantes.

Evidentemente, hay algo insistente respecto del desencuentro estructural entre hombres y mujeres que, aunque cambien los siglos, los roles y las caracterizaciones de los sexos, los modelos económicos, sociales y políticos, no por ello se logra alcanzar una armonía menos sintomática y conflictiva en cuanto se refiere al deseo, el amor y el goce. Es así que el paso del tiempo y las transformaciones de los discursos no logran eliminar este real que sobrevive al progreso.

Bien lejos de toda intención suturadora, más bien nos disponemos a profundizar y explorar en esta brecha por donde fluyen en algunos sujetos quejas, malestares y angustias, que abonan los dramas de la vida; y donde para otros, quizás aquéllos que han logrado liberarse de “las cadenas del objeto”, ha resultado más bien la fuente a partir de la cual inventarse una posición singular que les permite desear, gozar y amar con un estilo propio. “Liberarse de las cadenas del objeto” es una expresión de Jacques Alain Miller, según nos recuerda nuestro colega de Medellín, Héctor Gallo*, con quien estuvimos platicando sobre estos puntos y cuya entrevista transcribimos en esta Varité.

En nuestro diálogo, H. Gallo distingue dos versiones de la pasión y se explaya respecto del trabajo que se realiza en un análisis. Por un lado ubica, desde la neurosis, las pasiones que matan (al sujeto y muchas veces, también a las personas); y por otro, más del lado del deseo, lo que muy poéticamente llama, la “lujuria de vivir”. Dice: “Son soportes de la pasión la pulsión y el deseo, en distinta medida y aspectos diversos. De la pasión como afección que reúne el placer con el dolor, el soporte es la pulsión, mientras que el deseo, como efecto de un trabajo de análisis, será el soporte de la pasión como entusiasmo. La pasión pulsional se manifiesta por la compulsión a repetir lo desagradable, en cambio la pasión deseante posibilita la invención y la transformación del sujeto”.

Asimismo, Mónica Torres**, colega de la Escuela de la Orientación Lacaniana (Buenos Aires) nos ha facilitado muy gentilmente un texto suyo, Lo irreductible, donde expone de una forma sumamente didáctica, La solución Duras, la “solución” que Marguerite Duras halló para hacer con el dolor del amor y gozar de la vida; y donde, en paralelo, presenta unos desarrollos muy interesantes respecto de

El arrebato de Lol V Stein y la solución particular de este personaje literario creado por la escritora.

Por otra parte, introducimos el tema de la sublimación y la destrucción a partir de la conferencia, Del amor y la guerra, que dictara Héctor Gallo en la Universidad de Antioquia, a lo largo de la cual realiza un recorrido conceptual en el cual articula la cuestión de los géneros y el contexto actual. Dice allí: “La sublimación define un destino de la pulsión que consiste en emplear su fuerza en la creación de objetos culturales bellos y valiosos para el vínculo social entre los hombres. La sublimación es un instrumento subjetivo valioso que cada vez se promociona menos en el capitalismo salvaje de este tiempo, porque es más importante la productividad y el utilitarismo, que la pacificación de los vínculos y el combate al mal que anida en cada uno”.

Finalmente, retomando el tema de las mujeres “de hoy y de antes”, cito de la entrevista con H. Gallo:”Emma insiste hasta la muerte en no admitir que el objeto de la felicidad está perdido y que ningún hombre se lo puede devolver, tampoco acepta que el deseo se constituye como insatisfecho y menos asume que el amor es un perdido del que nuca nos curamos”. Mónica Torres dice: “... lo que Lacan quiere decir es que el ideal del dos es un ideal del siglo XIX, un ideal del amor. Mientras que las criaturas de Marguerite Duras tienen algo del siglo XXI, como si ella se hubiera adelantado a su tiempo, como pueden hacer los artistas”.

Lo irreductible, a pesar de los siglos. Las mujeres, el amor, el deseo, el goce.

Y la causa del psicoanálisis viviendo allí, a partir del deseo de Freud, de Lacan, de Miller y el de toda la escuela.

Viviana Berger



Les amants de Maigrítte

* Profesor del Departamento de psicoanálisis, Facultad de Ciencias Sociales, UdeA. Psicoanalista, Miembro de la Nueva Escuela Lacaniana de Medellín (NEL) de La Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP), Psicólogo UdeA, Especialización y Maestría en psicoanálisis Universidad de Paris VIII Francia, Doctor en Psicoanálisis, Universidad Autónoma de Madrid.

** Psicoanalista, AME de la Escuela de la Orientación Lacaniana (Buenos Aires), y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Directora editorial de la Revista Enlaces, Psicoanálisis y cultura. Responsable del Departamento de Estudios psicoanalíticos sobre la Familia. Miembro del Consejo de la Asociación Mundial de psicoanálisis. Miembro del Consejo Científico Académico del ICBA. Docente del ICBA y de la Maestría en psicoanálisis de la Universidad Nacional de San Martín. Docente de la UBA. Seminario de extensión Universitaria “Amor, deseo y goce”. Docente de Pos- grado de la UBA. Autora de los libros: Los nudos del amor, Clínica de las neurosis, De los síntomas al síntoma, Fracaso del inconsciente, amor al síntoma, Uniones del mismo sexo.

Pasiones y... ¡pasiones!

Viviana Berger

Entrevista a Héctor Gallo

V: He leído diversos trabajos tuyos en los que desarrollas desde distintos ángulos la cuestión de lo femenino. Uno de los últimos lleva por título, “La Sra. Bovary o una pasión que mata”. Me gustaría si pudieras explayarte, particularmente, sobre esta idea de “pasiones que matan” y su relación con la neurosis. Pues, como sabemos, hay una “intimidad” entre la pasión y la muerte en el neurótico. De hecho, muchos de los crímenes pasionales de la literatura y de la historia, están comandados por esa fuerza desenfrenada que arrastra al neurótico a la tragedia.

HG: La intimidad entre la pasión y la muerte se produce en un neurótico cuando sus intereses libidinales se ven colonizados por la pulsión de muerte. Esta colonización subjetiva se manifiesta, por un lado, en la producción de una codicia por el cultivo de la muerte lenta, muerte que se manifiesta en una progresiva destrucción del ser, empleando para ello distintas estrategias; por otro lado, en la construcción de un escenario favorable para que se produzca una muerte fulminante.

V: ... “colonización” del sujeto, una metáfora que transmite muy bien esta idea de ser ocupado o poblado por lo mortífero y para peor, luego, incluso, empezar a cultivarlo uno mismo...

HG: La pasión mata cuando su poder se vuelve tan fuerte que va progresivamente aniquilando lo que poéticamente podría denominarse el compromiso con la vida. La presencia de estas pasiones en los neuróticos, da cuenta que no es necesario haber enloquecido para que la vida deje de ser el bien máspreciado y en su lugar venga a alojarse la muerte como el bien que aquellos cultivan para sí.

Una pasión bastante inquietante en los humanos, es la del empuje a matarse o a hacerse matar. Este empuje suele relacionarse desde la sociología con un debilitamiento de los ideales familiares y sociales que ayudan a despertar el interés por la vida y, de igual manera, de aquellas otras relaciones —por ejemplo las amorosas— que contribuyen a mantener dicho interés libidinal por vivir. Digamos que entre más intolerancia exista respecto al sentimiento de vacío que caracteriza al hecho de estar vivo, vacío que en la contemporaneidad nadie parece querer enfrentar, mayores serán las posibilidades de que un ser de lenguaje se aliene sin reserva ni crítica a una pasión que lo mata.

Una pasión mata cuando apaga, como diría Freud “Contribuciones al simposio sobre el suicidio”, “el interés por la existencia en el gran mundo”. Para el psicoanálisis, el hastío de vivir expresado en la pasión que mata, tiene múltiples causas, entre ellas hay algunas que son estructurales, por ejemplo, la decadencia de la función social de la familia y la impotencia del Otro que no existe como soporte de la tradición y de las ficciones que ordenan nuestro mundo. La proliferación en nuestro mundo de las pasiones que matan, sobre todo cuando se trata de los adolescentes, dan cuenta de una caída vertiginosa de las ataduras simbólicas que trae por



consecuencia el sometimiento de aquellos a goces contemporáneos asumidos como derechos y su sometimiento a un Otro oscuro que sustituye a la familia, decapita los ideales, se cubre de misterio y capta a los desahuciados del padre para conducirlos a la aniquilación y el sacrificio.

Aquél que asume como principio de orientación en la vida una pasión que mata, por ejemplo, las adicciones o la transgresión de la ley de la ciudad, da cuenta que con respecto a él ha fracasado la programación educativa. Ante el ofrecimiento de soluciones estándares a su problema, soluciones que ignoran la contingencia de su historia particular, el neurótico apasionado con aquello que lo mata responde presentándose como un ser abierto al encuentro con el riesgo de lo contingente, riesgo definido por una incertidumbre acerca del presente y el futuro, acerca de lo que para él significa estar vivo, hacer parte de una sociedad determinada y de una familia.

Si pensamos, por ejemplo, en aquellos adolescentes que buscan hacerse matar por la adicción a la droga, la pasión por comer nada o comer mucho, el desafío a la naturaleza y a la ley de la ciudad o que terminan voluntariamente con su vida, diremos que comparten una misma pasión por lo peor para su ser y una posición subjetiva semejante: morir o hacerse matar es más fuerte que la parte de sí en donde piensa lo contrario. A este empuje lo llamamos pasión, porque se presenta a nivel subjetivo y social como un más insaciable de satisfacción en la destrucción e implica un descontento radical del sujeto con aquello que debería sentirse complacido.

V: A ver si entiendo bien, sería un “más” insaciable de satisfacción en la destrucción que toma el lugar del vacío que por otra parte es lo que caracteriza al hecho de estar vivo. ¿Qué propone el psicoanálisis al respecto?

HG: Bueno, frente a la pasión que mata, el psicoanálisis propone el cultivo de una pasión que implique “lujuria por vivir”. Esta lujuria, si bien no ha de inscribirse en los ideales

sociales estandarizados, por cuanto se relaciona con el deseo inconsciente, no por ello ha de ponerse al servicio del ser de goce. El ser que se juega en la pasión que empuja a la vida, es aquél que responde al hastío con una invención particular que le aporte dignidad a la vida que se vive.

V: En aquel trabajo mencionas justamente esta otra modalidad de la pasión, más bien como “versión del deseo”. Entonces, en un caso, un sujeto compelido a lo mortífero, y en otro, esa misma fuerza al servicio del deseo. En el libro *Feminidades***, que has escrito en conjunto con otros colegas, utilizas los términos “sacrificio” y “negociación”, en el marco de una investigación sobre el sometimiento del sujeto al imperativo del Otro. ¿Cómo se produce en un análisis este giro pulsional de la tragedia al deseo?

HG: La pasión, como signo del goce, se constituye en una versión psíquica de la pulsión. Como versión del deseo propiciado por el trabajo que se hace en un psicoanálisis, la pasión es la construcción de una posición subjetiva con respecto a la vida, en donde lo que se dice querer es lo que se desea sin vacilación y va más allá de la barrera que constituye el placer. Un verdadero analizante es aquel que en lugar de insistir en la búsqueda de la fabricación de un placer fantasmático en el dolor consciente, encuentra el entusiasmo por un nuevo amor con respecto al cual ya no hay paso atrás. El dolor como sentimiento en ningún caso constituirá para el sujeto una satisfacción en la conciencia, pero “la evocación del dolor como representación [...]”[1] fantasmática, sí puede constituir para el sujeto un placer que se busca repetir, pues le permite “mantenerse en presencia del horror”. [2]

En la pasión que mata no se mantiene la distancia requerida con la cosa prohibida, por tal razón el sujeto insiste en mantenerse en presencia del horror, por ejemplo, el caracterizado por el odio de sí, que encontramos en todo su esplendor en aquellos casos de neurosis melancolizadas. Estos sujetos presentan una fenomenología deplorable, pues “vuelven nada las oportunidades que la vida les ofrece”, aniquilan aquello que podría ayudarles a salir de su laberinto u orientado en una perspectiva diferente al sacrificio.

Esta posición de merecer lo que les sucede y de no división subjetiva, los hace refractarios a los efectos terapéuticos de la palabra y a asumir una forma de vivir en donde la pasión que los guía implique someterse a las consecuencias de la palabra antes que al pasaje al acto aniquilador.

La pasión como problemática del goce define una voluntad sin ley. Esta es la pasión que caracteriza al ser de goce, pasión a la que el trabajo analítico opone la construcción de otra pasión que implica a la vez una deconstrucción. Se trata en el trabajo analítico de deconstruir lo configurado como identidad del yo para así perder goce y en el mismo movimiento dialéctico acceder a ganar deseo.

La pasión como efecto del trabajo analítico, se define por un deseo que implica ir tras lo que es más propio —una palabra que se constituye en el rasgo emblemático que nos marca en lo más íntimo con un sin sentido y que define lo que es nuestro verdadero nombre propio—. Esta operación sistemática y metódica de reducción, es la que hace posible el giro de la pasión que mata a la pasión que hace vivir bajo el imperio razonado de un deseo que se manifiesta por una fuerza creativa que permite ligarse al objeto con entereza, dedicación y perseverancia. Aquí la diferencia con la pasión que mata es que el objeto no se traga al sujeto, no lo engulle, pues se espera de un análisis que dé al sujeto analizado la posibilidad

de diferenciarse del objeto de la pasión.

Son soportes de la pasión la pulsión y el deseo, en distinta medida y aspectos diversos. De la pasión como afección que reúne el placer con el dolor, el soporte es la pulsión, mientras que el deseo, como efecto de un trabajo de análisis, será el soporte de la pasión como entusiasmo. La pasión pulsional se manifiesta por la compulsión a repetir lo desagradable, en cambio la pasión deseante posibilita la invención y la transformación del sujeto. La pasión deseante no se conforma con el placer del confort, ni con limitarse a una tranquilidad estandarizada o a una vida sin sobresaltos, pues se orienta hacia la invención y la sorpresa. Estos dos elementos dan cuenta de la presencia de un campo de incertidumbre, que sería el principio de realidad que le conviene a la pasión deseante como expresión del movimiento de un análisis.

Pasión y pulsión no se reprimen, tal como queda demostrado en las compulsiones, en donde se puede observar un apasionamiento por el objeto pulsional destructor, una atracción irresistible hacia el objeto que propicia éxtasis en el mismo instante en que hace el mal. La pasión que mata debería naturalmente ocasionar aversión y enemistad, pero paradójicamente causa fascinación. La paradoja de la compulsión radica en que el sujeto se siente atraído por lo que se constituye en su enemigo íntimo y que en lugar de ocasionarle bienestar y felicidad, lo atrae hacia la miseria, el fracaso y la soledad.

V: Podríamos explicar con estos términos la servidumbre del alma en el mundo contemporáneo...

HG: Así es. Por ejemplo, en el caso de las compulsiones o de lo que se denomina la clínica de las impulsiones. Esta clínica nos obliga como psicoanalistas a entrar de manera inapelable en el campo del sin sentido y la sin razón, caracterizado por la “omnipresencia del goce”, que pasa a estar en todas partes tal como si se tratara de un Dios que presiona o de una figura persecutoria que en la psicosis paranoica no da respiro.

Es por lo que se acaba de decir, que si bien hay seres que hablan con mucha razón, no por ello dejan de tener ciertas compulsiones que se apropian de su ser. Cuando esto ocurre, se alejan del placer y no soportan el mundo de la falta, que es el de la pasión como deseo que no vacila y pasan a conducirse como esclavos de la satisfacción inmediata y la sin razón. A esta sin razón de la compulsión que hace vacilar el deseo en aras del goce, el psicoanálisis se propone buscarle las razones inconscientes, “razones de ser que no tienen cabida en el campo científico”. [3]

V: En ese mismo libro estudias tres casos de mujeres de la literatura del siglo XIX y planteas el problema de las mujeres de este siglo. Según la investigación (pág. 166): “con respecto al amor, el deseo y el goce, el real que las agobia es el mismo que agobia a las del siglo XXI. A pesar del paso del tiempo, de los cambios sociales, económicos y políticos, permanece a la manera de un real que insiste, la falta de armonía entre los tres elementos anotados cuando se trata de la relación con el compañero sexual, falta de armonía que se manifiesta de manera diferente”. ¿Cuál sería la forma actual de manifestación de esta falta de armonía, irreductible? y ¿cuál es la respuesta que el psicoanálisis ofrece en este punto?

HG: La falta de armonía entre las parejas, tiene diversas formas de manifestarse en la actualidad, entre ellas está la llamada “violencia doméstica”. La respuesta del psicoanálisis

frente a este irreductible que caracteriza la relación entre los sexos, es ofrecer un dispositivo que permita la articulación de una pasión que no esté supeditada a los avatares de la relación amorosa con el otro. Esta pasión no necesariamente ha de responder a las ideas del bien que puedan predominar en una sociedad o a los ideales de una época, pero sí a la dignidad que necesita una vida para que merezca vivirse.

Frente a la falta de armonía entre las parejas, el psicoanálisis responde indicando por qué no hay un saber del padre que haga posible la relación sexual como fuente de felicidad. No hay fórmula exacta que oriente con éxito en la construcción de formas adecuadas para mantener el vínculo amoroso a salvo de rupturas, tropiezos, malentendidos, sin sabores cotidianos y malestares que retornan una y otra vez, hasta conducir muchas veces a separaciones violentas y con un saldo trágico. La causa subjetiva de estos desencuentros, radica en que cada sujeto se ve entregado "a la contingencia del encuentro con su partenaire sexual y al síntoma/fantasma que lo define. Este encuentro no puede reducirse a normas"[4], ni al adecuado o inadecuado desempeño de roles en la familia.

Las mujeres que han legitimado las conquistas feministas, aquéllas que han hecho una batalla doméstica para lograr negociar ciertas reivindicaciones con la esperanza de lograr una vida más equitativa con su compañero, en no pocos casos han desplazado a la figura del padre del lugar de esclavo de la familia, pasando ellas a ocupar este lugar poco grato en nuestro tiempo. Es común también encontrar mujeres que no definen su condición de madre y menos de esposa a partir de una postura sacrificial por un Otro idealizado al que quieren seducir, cuestión que, por ejemplo, anticipa Flaubert con su Madame Bovary, que es una transgresora de los valores de su tiempo..

Otro elemento que en la actualidad es promotor de desencuentro y que no existía en el siglo XIX, es el hecho de que una mujer se coloque como supuesto saber de lo que debe ser un padre. Esperará de éste que no sólo sea esclavo de su familia, sino también que dependa enteramente de ella y se comporte dejando conforme a los distintos elementos que la componen. Una mujer que tiene hijos con un hombre al que le supone ser un buen padre, pero que al mismo tiempo no está interesada en ser la esclava de la casa, defiende su posición por encima de cualquier argumentación contraria y de un acuerdo que se oriente, por legítimo que parezca, en una perspectiva diferente a la que tiene ya definida.

Con respecto a lo que se acaba de decir, el psicoanálisis muestra que la identificación del ser con la posición que el sujeto defiende, implica una pasión por hacer valer su fantasma, de ahí que cualquier intento de negociación tiende "a convertirse en una batalla".[5] La negociación exige una renuncia recíproca a las posiciones fantasmáticas de goce que cada uno defiende por encima de los argumentos que se invocan desde el tribunal de la razón. Esta falta de renuncia, que en el caso de madame Bovary se manifiesta por una obstinada pasión en hacer coincidir la realidad con sus fantasías de gran dama irresistible, fue lo que la llevó a la ruina de su ser y de su bondadoso pero despreciable esposo.

Emma insiste hasta la muerte en no admitir que el objeto de la felicidad está perdido y que ningún hombre se lo puede devolver, tampoco acepta que el deseo se constituye como insatisfecho y menos asume que el amor es un pedido del que nuca nos curamos.

¿Qué puede enseñarle un análisis a una mujer tan insatisfecha y caprichosa como lo es Emma? A renunciar al imperativo de encontrar a un hombre a su medida para ser feliz. No conformándose con elegir a un hombre entre otros, Emma insistió en permanecer encadenada al objeto perdido.

Un psicoanálisis le habría transmitido a Emma que el objeto por el cual tanto sufre "está perdido, vamos a enseñarle a perder de la buena manera, es decir, a hacer el duelo de una buena vez".[6] Un análisis le ayuda al sujeto a saber hacer con la pérdida, para que así se desplace del sufrimiento de su amor hacia el deseo, en cambio una terapia psicológica le ofrecerá enseñarle a reencontrarlo. Hablemos juntos un poquito de esto, veamos en qué momento usted lo perdió. ¡Podemos rezarle a san Antonio![7]

Dice Miller que si algo tiene un sujeto para perder son sus cadenas, las cadenas del objeto perdido. Cada quien se encuentra encadenado a su objeto perdido, "y en el análisis tiene la posibilidad de perder las cadenas que lo atan".[8] Se gana libertad cuando se elige perder de la buena manera.

* Profesor del Departamento de psicoanálisis, Facultad de Ciencias Sociales, UdeA. Psicoanalista, Miembro de la Nueva Escuela Lacaniana de Medellín (NEL) de La Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP), Psicólogo UdeA, Especialización y Maestría en psicoanálisis Universidad de París VIII Francia, Doctor en Psicoanálisis, Universidad Autónoma de Madrid.

** Héctor Gallo, Ángela María Jaramillo Burgos, Rubén Darío López, Mario Elkin Ramírez Ortiz, "Feminidades, sacrificio y negociación en el tiempo de los derechos", Editorial Universidad de Antioquia.

1. Jacques-Alain Miller, "El partenaire-síntoma", Buenos Aires, Paidós, 2.008, p. 181.

2. *Ibíd.*

3. Jacques-Alain Miller, "Introducción a la clínica lacaniana", *óp., cit.*, p. 81.

4. Eric Laurent, *Las nuevas inscripciones del sufrimiento en el niño, en: psicoanálisis con niños y adolescentes, Lo que aporta la enseñanza de Lacan*, Susana Goldber y Etel Stosi compiladoras, Buenos Aires, Ediciones Grama, 2.007, p. 48.

5. Véase al respecto, Roger Fisher y William Ury, *Sí ... ¡de acuerdo!* Como negociar sin ceder, Colombia, Editorial Norma, 1985.

6. Jacques-Alain Miller, *Los divinos detalles*, Buenos Aires, Paidós, 2.010, p. 189.

7. *Ibíd.*

8. *Ibíd.*

Una solución para lo irreducible *

Mónica Torres

La solución Duras

El arrebato de Lol V. Stein, también está traducido por El rapto de Lol V. Stein, porque “arrebato” se trata de una palabra equívoca. Nosotros habíamos trabajado este tema en un seminario que se llamaba “El sexo es un decir”, que dimos con Linda Katz. Había un capítulo que titulamos “Arrobamiento de Teresa, arrebato de Lol”, haciendo un contrapunto entre el “arrobamiento” de la Santa Teresa de Bernini, tal como es trabajado por Lacan en su Seminario Encore, y el “arrebato” de Lol V. Stein. Es decir, entre la palabra “arrobamiento” y la palabra “arrebato”, porque son dos figuras del goce femenino.

Es evidente que “arrebato” también es en castellano, a la vez, una voz pasiva y una activa, en el sentido de “ser arrebatao” o “tener un rapto”, como cuando se dice “tuvo un rapto de locura” o “un arrebato de pasión”.

De Lol V. Stein se ha dicho mucho. Están quienes tienden a ubicarla como un caso clínico y decidir si es una psicosis, lo cual pareciera que lo es.

El arrebato de Lol V. Stein se trata de una joven 19 años, Lol V. Stein, que está de novia con Michael Richardson de 25. Están por casarse, y concurren a un baile en el casino municipal al que llegan dos mujeres, madre e hija, lo que no es casual.

La madre se llama Anne-Marie Stretter, que es un nombre que se puede encontrar en muchas de las obras de Marguerite Duras; por ejemplo cambiado por Yann Marie Steiner. Yann Andréa fue el último de los amantes de Marguerite Duras, cuando ella tenía 80 años, y él debía tener 30. Es una historia maravillosa. Yann Andréa escribió *Ese amor*,[1] y Marguerite Duras escribió *Yann Andréa Steiner*. También recomendamos de Yann Andréa *M.D.* Marguerite Duras.[2]

Entonces, la madre, de repente se pone a bailar con el novio de Lol V. Stein. Avanza y se lo arrebata, en los dos sentidos. Bailan toda la noche y no se separan. Lol se queda inmóvil mirando la escena, con una amiga, Tatiana quien va a seguir siendo su amiga de toda la vida. Lol se desvanece cuando su novio se va con esta mujer del baile. A partir de ese momento, se quedará encerrada durante mucho tiempo. La primera vez que sale, conoce al que va a ser su marido y el padre de sus tres hijas, y que por supuesto nunca será su gran amor. Hay una famosa frase que siempre se dice en estos casos, que también se dice en *La mujer abandonada*[3] de Balzac y en *Ana Karenina*[4] de Tolstoi, “...y vivieron muchos años felices”. Nadie escribe sobre los años felices, se escribe más bien acerca de la desdicha; para hablar sobre los años felices se suele usar una frase. Miller lo subraya muy bien, “no hay mucho para decir acerca de la felicidad, más bien se lo puede resumir en una frase”.

Al marido de Lol le ofrecen un trabajo en la ciudad natal de ella, quien acepta. Había muerto su madre y quiere volver a la casa de sus padres. Al poco tiempo Lol descubre, otra vez,



una pareja de amantes besándose en la calle; uno de los integrantes es justamente Tatiana, su amiga de la adolescencia, testigo como ella del arrebato, y el otro es Jack Hold, el relator de la novela. De alguna manera aquí comienza la construcción del “ser de a tres”. Sería la segunda escena, si uno lo dijera en términos de Freud, que resignifica la primera. Se constituye el fantasma del “ser de a tres” que había aparecido por primera vez entre Lol, su novio y la mujer que se va con él. Ahora es entre ella, su amiga Tatiana y Jack Hold.

En *Las diez y media* de una noche de verano se trata también de dos mujeres y un hombre. En la vida amorosa y erótica de Marguerite Duras fue al revés, estaban ella y dos hombres. De hecho se casó con Robert Antelme primero, y después con Dionys Mascolo, que eran amigos entre sí. Robert Antelme estuvo en los campos de concentración, y ella no se casa con el amigo hasta que logran rescatarlo del campo de concentración y curarlo. Esto está maravillosamente redactado, para quien le interese el tema del holocausto, en una novela casi imposible de leer de Marguerite Duras que llama *El dolor*. [5]

Empieza el armado del fantasma del “ser de a tres”, pero es un fantasma realizado. Uno entonces va leyendo en la novela cómo se va armando el fantasma y la intención de Jack Hold de sostener a Lol. Lol quiere todo el tiempo mirar las escenas entre Jack Hold y Tatiana. Entonces aparece una referencia a un verso de Apollinaire que se llama *El vigía melancólico* y dice: “Vuelve a mí mil veces ese refrán burlón: si tu corazón busca un corazón, tu corazón es ese corazón”, pero agrega *je me deux*, “yo me dos”, que tiene un equívoco en el sonido con “yo me duelo”. El dos duele porque no se puede hacer de dos uno. El corazón, entonces, queda solo con el uno, o se duele del dos. La solución de Marguerite Duras para evitar el dolor del dos, o sea el dolor del amor, parece haber sido no conjugar nunca el *je me deux*, sino decir *je me trois*, “yo me tres”, poder amar de alguna manera el tres y no tener que pasar por el dolor del dos, que tan bellamente está relatado por Apollinaire. No es encontrar un corazón gemelo, que es la ilusión neurótica y que Marguerite Duras no tiene. Casi uno podría decir que “sus criaturas” no son neuróticas, en ese sentido. Nunca cree que se pueda hacer de dos uno, por eso parece la solución del “ser de a tres”.

Ese je me deux es difícil de traducir; habría que decir “yo me duelo del dos”. Si bien hay cierto forzamiento al decirlo así, lo importante es saber que lo que Lacan quiere decir es que el ideal del dos es un ideal del siglo XIX, un ideal del amor. Mientras que las criaturas de Marguerite Duras tienen algo del siglo XXI, como si ella se hubiera adelantado a su tiempo, como pueden hacer los artistas.

Entonces, Lol reproduce con Tatiana y con Jack Hold la escena fantasmática de la que nunca sale porque queda siempre arrebatada: es lo que Lacan llama “el instante eterno de Lol”, porque ella queda eternizada en ese momento. Hay una frase que dice Duras en el momento en que le es arrebatado su novio: “Hubiera resultado definitivo para su cabeza y para su cuerpo. Su dolor más grande y su más grande alegría, confundidos hasta en su definición única, pero innombrable, a falta de una palabra”. Vemos como está aquí lo del ravissement, es “su dolor más grande y su más grande alegría”; se trata de ese gozo que es alegría y no goce. Más adelante señala Marguerite Duras: “Si Lol es silenciosa en la vida es porque ha cedido durante la brevedad de un relámpago que esa palabra podía existir. Carente de la existencia calla, no habría podido pronunciarla. Sólo se habría podido hacerla resonar”. Más lacaniano, imposible, porque al decir resonancia, sin decirlo, resuena el arrebato.

Lo que Lol intenta es sustraerse de la experiencia del dolor. Ya no hay dolor porque el dolor es una experiencia en el cuerpo del encuentro con otro, cosa que ella evita, pese a que se case y tenga tres hijas. Si hay dolor, algo se recorta en el cuerpo, algo se localiza, hay algo que se recorta del Otro como objeto.

La segunda escena, la de Tatiana, Jack Hold y Lol, no es una repetición de la primera, es una continuación; se retoma en el punto en donde Lol queda suspendida. En el intervalo entre una escena y la otra pasaron 10 años felices, pero Lol quedó detenida en el instante en que había sido despojada y lo retoma, lo continúa cuando regresa a la casa paterna, el lugar donde Lol había sido despojada, casi como despojada de un vestido, despojada del investimento narcisista amoroso.

Hay referencias en la novela a la desnudez del cuerpo de Anne-Marie Stretter y a la de Tatiana. Ese desnudo que Lol no puede ver porque ella se queda sin ver la escena amorosa entre su novio y Anne-Marie Stretter, pero en cambio sí mira, espía, la escena amorosa entre Tatiana y Jack Hold, tirada en el campo, como una mancha en el cuadro.

De ninguna manera este tres es el tres edípico, ni es tampoco el tres histérico. No es el tres de la Bella Carnicera con la amiga flaca, o el tres, que es cuatro, de Dora con el Sr. y la Sra. K, y su padre; tampoco es el tres edípico del Hombre de los lobos que mira la escena primaria. No es esto lo que mira Lol, el “ser de a tres” no es edípico porque no entra en la lógica del Edipo, es decir, en la lógica fálica. Esto es lo que le interesa a Lacan porque Marguerite Duras hace otra cosa con “estas criaturas atacadas por el amor imposible de domesticar”.

Lol se halla capturada en el instante eterno, acechando todo el tiempo para poder ver el encuentro amoroso entre esos dos amantes, como petrificada. Luego continúa cuando logra ver la escena de amor por la ventana. Capturada para siempre en un goce al acecho de la relación sexual como realizada, como si existiera. Si lo pensáramos como caso, en ese punto uno tendría que pensar algo de la psicosis. De hecho, Catherine Lazarus Matet, a quien Miller y Laurent invitaron a hablar en las últimas clases de Los usos del lapsos[6]—

traen una mujer para hablar de Marguerite Duras— trabaja esta cuestión del je me deux, quizás porque las mujeres entienden bastante de ese dolor. Catherine Lazarus Matet dice una frase muy interesante: “Las mujeres, ¿no están llevadas a hacer existir La mujer fuera de ellas?”. Es una alusión al ser Otra para sí misma. Si se trata de ser Otra para sí misma, ¿se trata de encontrar la mujer fuera de ellas, que no es la Otra, es una parte de Otra porque es ser Otra para sí misma? La pregunta de Catherine es muy interesante. Ese empuje a La mujer, en Lol aparece en el “ser de a tres”, que es la solución de Lol, según Catherine, a la inexistencia de La mujer.

En este punto, Lacan se está distanciando del tres edípico completamente; si está en un tres, está en la lógica de un nudo que por supuesto fracasa. Pero en el nudo de tres, siempre hay un cuarto que anuda. Ese cuatro también estaba en el tres del Edipo, como se ve en caso Dora, o en el esquema L. Por eso dice que Marguerite Duras “Evidencia saber sin mí lo que yo enseño”; siempre los artistas evidencian saber sin uno lo que uno enseña. Marguerite Duras especialmente, por eso Lacan le dedica este homenaje.

El tres está en toda la obra presente de Duras, pero, y lo dice sutilmente Laurent, “Lacan tuvo la decencia de no referirse a la vida erótica de Marguerite Duras, que Lacan conocía bien”. No me queda claro por qué dice “que Lacan conocía bien”, pero quedémonos con que sabía la historia de ella, y sin embargo, en el texto no escribe sobre eso. Laurent lo puede decir cuando ya Marguerite Duras ha muerto y, por otra parte, ella tampoco lo ocultaba.

Sus novelas tienen mucho que ver con tríos, tercetos. La experiencia analítica también tiene algo del “ser de a tres”, porque no son dos, ¿Quién es el tercero? Hay varios terceros a lo largo de la enseñanza de Lacan. En el primer Lacan, uno podría decir que el tercero es el gran Otro; después uno podría decir que el tercero es el objeto, y finalmente uno podría decir que el tercero es el síntoma. Pero siempre tiene que haber una terceridad. También uno podría decir que el tercero es el vacío, el vacío mediador que hay entre el analizante y el analista. Decir el objeto o decir el vacío, es lo mismo, y les diría que decir que es el sinthoma, también, porque el sinthoma incluye el objeto. O sea, que Lacan siempre recomienda contarse de a tres en el análisis.

En esta época, la del “Homenaje...”, en la que estamos más a nivel del fantasma que del síntoma, también hay otra cosa que recorta: lo que sitúa es el objeto, y el objeto que hay en Lol es claro: es el objeto mirada. Ella se queda petrificada mirando, y después sigue mirando la escena entre dos, pero ella hace tres, el objeto es ella, por eso se hace “mancha en el cuadro”.

Voy a citar textualmente a Lacan: “Me parece que en torno a ese lugar gravitan los personajes que usted sitúa. Valientes para arrojarse aunque estén atrapados en los espinos del amor imposible de domesticar, hacia esa mancha nocturna en el cielo, de un ser ofrecido a la merced de todos, a las 10 y media de una noche de verano”.

Las diez y media de una noche de verano es una novela corta, pero fantástica. También hay tres. Están viajando en un coche por España, el personaje central se llama María, su amigo Pierre, y la amiga de ambos Claire, y también la hija, pero por supuesto que la hija no está en el triángulo. María es alcohólica, como lo era Marguerite Duras.

Duras escribió todo lo que escribió siendo alcohólica, pasó

por un coma del cual nadie creyó que podría salvarse, pero salió de eso y siguió escribiendo.

Escribió sobre su relación con el alcohol que le ha permitido igual el acto de sublimación ¿Cómo hubiera vivido esta mujer si no hubiese podido escribir? Sus protagonistas siempre tienen mucho que ver con ella, como siempre, solo que ella no lo disimula.

Los personajes de esta novela tienen que parar en un hotel porque los asalta una gran tormenta. Pero el hotel está lleno, no hay lugar, entonces tienen que dormir en los pasillos. Un pasillo, un vacío en el medio, y otro pasillo. Es así como yo me lo imagino. Ella duerme, en uno de los pasillos, con la hija. En un momento ella no puede dormir, hace mucho calor, es una noche de verano, y a las diez y media un relámpago ilumina y ella ve, al mismo tiempo a su marido Pierre y Claire besándose, y en el tejado a un asesino que está buscando la policía. Cuando llegaron al pueblo, ella se había enterado que la policía estaba buscando a un asesino que ha asesinado a su mujer y al amante de su mujer, justamente por ser amantes. Se trata de otro trío. Hay dos tríos: uno entre María, Pierre y Claire, y otro entre María, Pierre y el asesino. Ella decide en ese momento tremendo lo que va a hacer: ¿se va a matar con el alcohol? Es lo que venía haciendo. Entonces, ¿va a matar a los amantes? No. Decide que va a salvar al asesino, porque ella lo entiende. Lo que el asesino ha hecho es matar a esos dos amantes, y ella es “mancha en el cuadro” puesto que no la ven ni los amantes, ni el asesino. Igual que Lol cuando está mirando a Tatiana con Jack Hold, por eso Lacan dice “en el instante eterno de Lol y de las diez y media de esa noche de verano”.

Sólo que acá se arman dos triángulos. Cuando ella decide ir a buscar al asesino para salvarlo, Pierre —que la ama— decide acompañarla. Lo que pasa con Claire no es exactamente el amor, pero es difícil saber si María está en pareja con la botella, con Pierre, o con el “ser de a tres”.

Freud habla de que el individuo con la botella se satisface a sí mismo, allí no hay el “yo me duelo”. Marguerite Duras dice que ella tomaba para anestesiar el dolor, es el je me deus. En general hay muchos alcohólicos que toman para anestesiar el dolor, se quedan con esa pareja que les es fiel porque la botella les es fiel, no traiciona. Pero Marguerite Duras no hizo esto, ella siguió escribiendo, siguió teniendo amantes, siguió viviendo, hasta el final.

Hay que decir que es difícil soportar la lectura de “las criaturas atrapadas por el amor imposible de domesticar”, y es admirable que haya podido vivir con eso. Pero pudo porque hay una operación de sublimación. Eso es lo que nos dice Lacan: que ella pudo hacer una operación de sublimación, y que entonces la pérdida de goce se recupera en la sublimación. Marguerite la recupera en el escrito. Ella escribe El arrebató de Lol. V. Stein, ella no es Lol, ella lo escribe.

Escribe más sobre los triángulos de dos hombres y una mujer, que fueron el material de su vida erótica, que los triángulos de dos mujeres un hombre. Acá el triángulo de dos hombres y una mujer está en la figura del asesino que ella quiere salvar porque es un asesino por amor.

Es muy importante ubicar la operación de sublimación. Duras tiene un texto que se llama Escribir, que creo que fue lo último que escribió. Es una especie de testamento. Hay muchos poetas que escribieron en forma de testamento sus poemas. El testamento de Marguerite Duras, en mi opinión, está en

en Escribir: “se puede hacer algo con ese dolor, se puede escribir”. Y agregó: se puede escribir u otra cosa, se puede ser analista, por ejemplo.

* Clase Nº 7 del Seminario Avanzado del Instituto Clínico de Buenos Aires, “Lo irreductible: amor, deseo y goce”, de Mónica Torres, 11 de setiembre de 2008.

1. Yann A; *Ese amor*, Tusquets, Barcelona, 2005.
2. Yann A; *M.D. Marguerite Duras*, Tusquets, Barcelona, 1985.
3. De Balzac, H, *La mujer abandonada*, El Cobre, España, 2004.
4. Tolstoi, L. *Ana Karenina*, Cátedra, Barcelona, 1999.
5. Duras, M. *El Dolor*, Plaza & Yanes, Barcelona, 1993.
6. Miller, J-A. : *Los usos del lapso*, Paidós, Bs. As, 2004, Cap. XIX “El sofisma de Lol V. Stein”, pág. 397 a 406.

Del amor y la guerra

Héctor Gallo

Clausewitz dice que la política es “el útero donde se desarrolla la guerra, dentro del cual habitan sus características generales en un estado más primigenio, como los rasgos de los seres vivos están dentro de los embriones[1]. A esta sentencia se le podría agregar, que los beneficios económicos y políticos que aporta dicha guerra y la idea de que con ella se consolidará un poder, han de servir para nutrirla. Por su parte, las condiciones sociales de inequidad e injusticia, la falta de oportunidades para la población juvenil y campesina, será lo que garantice su retorno.

A los factores políticos, económicos y sociales que causan la guerra, debe agregarse lo que llamaré “factores subjetivos” que la favorecen. Estos últimos intervienen en proporción diversa, han de valorarse cualitativamente y caso por caso.

Son factores subjetivos que favorecen la guerra la sed de honor y fama, ideales como el amor a la patria, pasiones del ser como el odio, la venganza, el rencor y la ambición de poder. Tenemos también el adoctrinamiento de la masa por parte de un líder manipulador e inescrupuloso, el fanatismo religioso como el que encontramos en todo tipo de fundamentalismo, la codicia desmedida, la sed de humillar, de dominar al otro y explotarlo, el desamor, el entusiasmo por perseguir al enemigo hasta aniquilarlo y borrarlo de la faz de la tierra, la falta de consideración con las posibles víctimas y el anhelo de expansión de un dominio territorial.

Cabe preguntarse: ¿qué aspectos de los que se acaban de enunciar podrían considerarse exclusivos de los hombres y ajenos a las mujeres? La hipótesis que puede sostenerse desde el psicoanálisis, es que los elementos subjetivos favorables a la guerra que se acaban de nombrar no tienen género, pero sí ha existido una tradición histórica que localiza a los hombres en mucha mayor medida que las mujeres del lado de la destrucción.

El modo como interviene la subjetividad en la guerra, no depende del género, ni de la clase social a la que se pertenezca o del partido político en el cual se milite, sino de la estructura pulsional del ser humano. La pulsión es muda, sexual y agresiva tanto en hombres como en mujeres, el goce al que tiende es igual de obscuro en ambos sexos y complicado de resolver. “La pulsión es como una voluntad de goce”[2]. Constituye una tendencia inconsciente a dañar al semejante, a abusar de él, a explotarlo, a aprovecharse de sus debilidades y del posible desamparo que lo caracterice, sobre todo si se lo considera rival, contradictorio o, más grave aún, enemigo absoluto. Lo satisfecho en la guerra es la pulsión porque la destrucción es su felicidad.

La pulsión se opone en cada ser humano a su aspiración al bien y a la paz, a los sentimientos culturales de conmiseración y de humanidad. Podría decirse que este es el factor subjetivo que permite en la guerra retirarle al enemigo su condición de humanidad para de esta manera poder aniquilarlo sin el menor remordimiento. A esta tendencia “que favorece la guerra de todos contra todos”[3], el psicoanálisis no le



Martes, Venus y Cupido de Il Guercino

opone un imperativo moral destinado al sacrificio del goce en la destrucción, ni la sugerencia de encontrar una mano cruel que la combata, sino la sublimación.

La sublimación define un destino de la pulsión que consiste en emplear su fuerza en la creación de objetos culturales bellos y valiosos para el vínculo social entre los hombres. La sublimación es un instrumento subjetivo valioso que cada vez se promociona menos en el capitalismo salvaje de este tiempo, porque es más importante la productividad y el utilitarismo, que la pacificación de los vínculos y el combate al mal que anida en cada uno.

Históricamente, en distinta medida y en campos diversos, tanto los hombres como las mujeres han realizado conquistas culturales importantes. Algo semejante ha pasado con su participación en la destrucción, aunque en este aspecto debe tenerse en cuenta que históricamente han sido sobre todo los hombres los encargados de ir a la guerra como parte de los ejércitos que tienen la misión de defender una causa. Este es uno de los elementos que cuenta para que sean los hombres quienes aparezcan localizados, en mucha mayor medida que las mujeres, como sujetos y objetos de la destrucción.

La superioridad en la fuerza física de los hombres, su identificación al macho útil y heroico con capacidad de servirle a una causa externa al cuidado de la familia, más el adoctrinamiento sacrificial al que son sometidos por un líder que los insita a la guerra y, sobre todo, el hecho de que en su mayoría no les moleste la regularización de toda la vida cotidiana, ha hecho que la guerra sea una cuestión fundamentalmente masculina.

Las mujeres se apasionan menos que los hombres por hacer parte de un ejército guerrero, no por ser más pacifistas o menos valientes, sino porque las marcas de lo mismo, el forzamiento de la semejanza predominante en esos ejércitos regulares, les agrada muy poco, pues afecta la alteridad que les gusta preservar. Un ejército para una mujer puede representar un problema semejante al del matrimonio: “[...] que constituye, o siempre puede constituir, un aplastamiento de la alteridad [...]”.[4] Aquí “[...] el orden simbólico juega un juego [...]”[5] más o menos insoportable para una mujer en aras de la disciplina y que consiste en forzar la semejanza, que

resulta menos inaguantable cuando en una mujer predomina el lado madre.

De un guerrero, sea hombre o mujer, se espera una disposición pasional al combate y que dentro de éste sea aguerrido, perseverante, firme, poco benevolente, nada justo y dispuesto a morir antes que ser tildado de cobarde. Si el objetivo del combate es apropiarse de algo que se codicia o recuperarlo porque fue arrebatado, el combatiente debe ser inmovilizable y mostrarse dispuesto a destruir lo que se oponga al objetivo trazado. Estos elementos de identidad comunes entre los combatientes, afectan la alteridad de una mujer, le exigen que en nombre de la causa aplaste ella misma su exquisita diferencia o acepte dejársela aplastar por el jefe. La madre que hay en una mujer se opone a ésta en que al ser menos celosa con la alteridad se vuelve más domesticable para un jefe o un marido. Pero dado que su pasión fundamental son los hijos, entonces no queda deseo para nutrir el espíritu guerrero, a no ser que pretendan arrebatárselos.

Si en la guerra como en el amor, hay siempre de por medio un objeto que por estar perdido se codicia, entonces el apasionamiento con el cual ha de participarse en su conquista, puede llegar a ser incluso más fuerte en una mujer que en un hombre. Las mujeres a la hora de proteger lo más precioso, igual que sucede cuando no tienen nada que perder, se pueden volver las más feroces y “están preparadas para ir hasta el final sin detenerse y para luchar como quieran”. [6] De igual manera, “el sentimiento de un handicap puede conducir a la posición de víctima, de queja o miedo, pero es en la mujer donde se observa la inversión súbita del miedo en el coraje sin límite cuando se toca lo que se debe respetar, y se puede ver, al extremo, a la más miedosa de las mujeres convertirse de repente en una heroína”. [7]

El coraje y la codicia son los ingredientes subjetivos que más contribuyen a que la guerra y el amor sean escenarios propicios para que se presente una verdadera tempestad de emociones y de excitaciones que se manifiestan como ferocidad, descontrol, fogosidad y vehemencia. En este sentido, tanto en un hombre como en una mujer, es condición psíquica para internarse en una guerra el sentimiento de no tener nada que perder o mucho que defender. La guerra da cuenta de un fracaso del diálogo y quienes con mayor decisión contribuyen a este fracaso, son aquellos que nada tienen que proteger, que buscan terminar con todo por el medio más expeditivo que se les presente.

Así como en la actualidad hay quienes consideran que la intensidad del enamorado no le conviene a la relación de pareja, porque este es un rasgo subjetivo que atosiga, tampoco en la guerra es recomendable que quienes la dirigen vivan descompuestos, no contengan la impaciencia o sean incapaces de anticiparse a la dificultad antes de que ésta se presente. [8] Este modo de conducirse en la guerra, es inconveniente para quien dirige un ejército, porque no le permite razonar con propiedad e inteligencia sobre el uso de los medios de que dispone para atacar, defenderse o tomar a tiempo la decisión de retirarse del alcance del enemigo.

Mientras la inteligencia, el poder de razonar, el aplomo, la habilidad para dirigir y la posesión de un saber hacer es fundamental en la dirección de un ejército guerrero, en el caso del amor todo esto pasa a un segundo plano, porque las lógicas que lo gobiernan hacen parte del corazón y no de la razón. No quiere decir esto que todo cuanto se inscribe en las leyes del corazón se opone a la guerra y beneficia el amor, pues hay sentimientos que no le convienen a ninguna de las dos

experiencias, por ejemplo, el desconcierto y la desconfianza. Un amor desconfiado y desconcertado conduce a la angustia y con ello a la necesidad de huir, mientras que un ejército presa de estos mismos sentimientos, según Sun Tzu, es mucho más fácil de vencer por su adversario. [9]

Si el éxito en el amor no depende de ningún conocimiento sobre las reglas específicas que deberían seguirse para no fallar en la seducción del otro, amar no es un arte que podría ser enseñado por un maestro, ni el amor “es un niño de corta edad fácil de dirigir” [10], como diría Ovidio, sino una invención poética constante. El éxito y la eficacia en la guerra, contrario a lo que sucede en el amor, sí depende de un saber hacer y de la pericia del comandante de un ejército.

Ordenar a un “ejército que avance cuando no debe hacerlo o que retroceda cuando no debe batirse en retirada. Suele decirse que, en tal caso, pone al ejército en apuros” [11]. Por esta razón dice Sun Tzu, que el más grande peligro para un ejército, es ser dirigido por alguien —hombre o mujer— que no conoce la estrategia militar. Nada objetivo le impide a una mujer como tal conocer la estrategia militar si así lo decidiera, pero este interés necesita de unas condiciones subjetivas específicas, por ejemplo, que el amor, el hecho de ser madre y de elegir para su hijo un padre que asuma la función desde el deseo, no sea una prioridad en su vida.

Otro obstáculo subjetivo para que una mujer se vuelva guerrera, se encuentra en el hecho de que para una mujer puede ser mucho más importante conocer una estrategia para hacerse amar de una pareja elegida, que conocer meticulosamente cuestiones relacionadas con la estrategia militar. Este es un ideal externo a la maternidad, el amor y la familia, tres elementos que, más en el caso de las mujeres que en el de los hombres, se han de convertir en obstáculos íntimos indiscutibles contra el interés apasionado por lo militar.

No es gratuito que los clásicos de la guerra consideren que es un error pretender dirigir a un ejército estando —física o psíquicamente— fuera del campo de batalla. También lo es que pretenda hacerlo siguiendo, por ejemplo, las reglas del decoro social, las reglas de urbanidad y de cortesía, o que pretenda colocar en primer lugar los derechos humanos, la ciudadanía y la ética. Un hombre para quien estos aspectos sean una prioridad en su quehacer como ser social, no tendrá el menor interés en convertirse en un guerrero.

En la medida en que el decoro se relaciona con la constancia de los buenos modales, a lo mejor preste un servicio al amante, sobre todo en la fase de la seducción, pero sus reglas de nada sirven al guerrero. Tampoco le sirve de nada al guerrero pretender ser buen ciudadano, tener en cuenta la compasión o no ser egoísta, pues cuando en la guerra el peligro se hace más evidente, lo que entra a dominar no es la camaradería y la solidaridad, sino la desconfianza y el “sálvese quien pueda”.

Es un hecho que en la guerra los guerreros, sean hombres o mujeres, están obligados a trastocar los valores que hacen posible la vida en sociedad. Esto también sucede en el amor, pero de manera diferente, pues el enamorado, si es necesario, desafía las costumbres y aquellos ideales que se opongan a la conservación del objeto mientras considere que éste lo merece. Los enamorados se muestran asociales mientras dura entre ellos la fascinación, pero no destruyen al otro perturbador, sino que más bien lo excluyen, se mantienen alejados de éste o le manifiestan su molestia.

Los guerreros parecen obligados a convertirse en lo contrario de un ciudadano que quiere la tranquilidad, el equilibrio y rechaza la enemistad. El guerrero tiene por obligación que construir un enemigo radical y absoluto al que ha de odiar con toda su alma y eliminar a la primera oportunidad. No le interesa el amor a la vida, sino el amor a la guerra, a la enemistad y a la muerte del otro que se considera una amenaza contra la propia. Un ejemplo de esta posición la encontramos en aquellos lugares en donde no prima lo político sino algún fundamentalismo religioso como modalidad de gobierno. Si aquí el porvenir gira alrededor de la guerra, la educación de los niños no se orienta hacia cómo vivir en paz con el otro, sino a asimilar de qué debe estar provisto un buen guerrero y qué tipo de sacrificios lo haría digno de orgullo y admiración a él y a su familia.

Tanto en la guerra como en el amor, la sorpresa juega papel fundamental. En la guerra la sorpresa es un principio estratégico de la acción contra el enemigo y lo que se busca con ella es tomarlo desprevenido para lograr apoderarse de sus flancos y así poder vencerlo o hacerle el mayor daño posible. En la guerra la sorpresa es ingrata para quien padece el ataque, porque al producirse en el momento en que no se esperaba, lo deja desconcertado, le muestra sus debilidades "en el arte de la defensa" y busca hacerle perder lo que protege.

Con la sorpresa se busca que el ataque sea irresistible, que el enemigo pierda la cohesión y se desperdigue. Su efecto inmediato es la indefensión ante el peligro, porque la fuerza que se creía tener se torna en debilidad. En el amor, si el efecto sorpresa se aspira a producir en su nombre, requiere de la creatividad del enamorado y de un buen cálculo. Sorpresa, pánico y desesperación traumática, son directamente proporcionales en la guerra; en el amor, en cambio, la sorpresa da en el blanco si logra producir un instante de felicidad y un sentimiento estético. La sorpresa amorosa es poética, es una forma de romper con la monotonía de la cotidianidad y aspira a hacer ingresar lo inolvidable.

Si el combate es la materialización del odio, el amor metafórica el deseo por alguien que se aspira a tener. Tanto en la guerra como en el amor, se necesita contar con valor y decisión de exponerse al riesgo. En el amor hay que estar dispuesto a consentir en que el objeto de amor venga a perturbar lo que estaba organizado, hay que consentir la castración, es decir, que alguien venga y señale el defecto, que irrumpa y reclame se le atienda, se le desee y reserve tiempo. Hoy los hombres pueden soportar el orgasmo de una mujer sin mayores sobresaltos y algunos tratan incluso de aportar sus buenos oficios para que lo logre, pero cada vez menos soportan su demanda de amor, de atención y de palabras.

El amor requiere en un hombre el coraje de ser capaz de enfrentarse a la lucha que implica la relación entre los sexos, que es una lucha muy distinta a la militar. Un hombre inquieto por la virilidad, preso de "cierta debilidad en la cama"[12], puede compensarla buscando "[...] las insignias de oficiales de la virilidad precisamente para huir del otro campo de batalla, del campo de batalla fundamental, del campo de batalla de hombres y mujeres".[13]

Si en el amor hay que correr dulces riesgos para lograr merecer los mejores pensamientos del ser amado y hay que mostrar coraje para enfrentar al otro sexo, en la guerra el riesgo no pasa por lo sexual sino por una exposición permanente a la muerte. En el amor cada quien se expone al riesgo de experimentar el sentimiento de no poder vivir sin el otro, al riesgo de ser abandonado, de no dar la medida, de no poder

entenderse con el otro, de entrar a considerarlo parte indispensable de sí, de ser rechazado, de sentirse humillado, salir desengañado, sentirse poca cosa o que han jugado con sus sentimientos o haber sido burlado.

Hay riesgos distintos en el amor y en la guerra, de ahí que los dos fenómenos pueden llegar a convertirse en motivo de lágrimas, dolor y soledad. Así como no hay relación sexual sin lagunas; es decir, nada que garantice el entendimiento, excluya la disputa, el sentimiento de pérdida o de no valer nada al ser abandonado, tampoco hay guerra sin desolación, ruina y desengaño con respecto al ser humano. El desengaño del enamorado es con respecto al ser del otro, a lo que se esperaba recibir. El desengaño que produce la guerra tiene que ver con la estupidez humana, con reconocer lo poco que sirve la razón moral para contrarrestar la pasión por destruir.

Así como "es imposible proveer una estructura de reglas positivas para el arte de la guerra que sirva de andamio para toda la actividad del general"[14], tampoco existen reglas técnicas que sirvan de orientación estándar para enamorar. Pueden confeccionarse manuales de seducción que faciliten el acceso al objeto deseado, pero no los hay que impidan el debilitamiento del encuentro amoroso, la entrada de los amantes en la monotonía o en la lógica del capitalismo donde el objeto es desechable. Tanto la guerra como el amor son aventuras que perturban el espíritu y dado que sus dispositivos no están en los genes, las formas de sortear las dificultades inherentes a la cuestión, exigen creatividad, decisión y una renovación permanente de la apuesta.

Un manual sobre la guerra puede ser de gran utilidad, pues aunque no corresponda a un saber que se pueda replicar tal cual en cada tiempo y lugar o en las distintas modalidades de guerra que hoy encontramos, si ha de servir de orientación, contando con que cada guerra exige tácticas y estrategias diferentes, y una habilidad especial del comandante.

Hay expertos en el arte de la guerra que enseñan de qué manera conducirse, también los puede haber en la seducción amorosa, pero no existen expertos que posean la fórmula infalible para ganar todas las guerras, ni para cautivar definitivamente el corazón del objeto que conviene amar y procurar que la pasión sea eterna. Construir una fórmula algebraica que pueda replicarse sin reserva en cualquier experiencia amorosa, es imposible, porque en el amor, más que de técnica, producción o indagación, se trata de una ética del deseo y una estética de lo bello.

1. Karl Von Clausewitz, *De la guerra*, Buenos Aires, Ediciones Libertador, 2.004, p. 114.

2. Jacques-Alain Miller, *Conferencias porteñas*, Buenos Aires, Paidós, Tomo 2, 2.009, p. 62.

3. *Ibid.*, p. 69.

4. *Ibid.*, p. 54.

5. *Ibid.*

6. Jacques-Alain Miller, *Conferencias porteñas*, Buenos Aires, Paidós, Tomo 3, 2.010, p. 67.

7. *Ibid.*

8. Véase Sun Tzu, *El arte de la guerra*, Buenos Aires, Ediciones Libertad, 2.004

9. Véase *Ibid.*, p. 50.

10. Ovidio Nasón, *El arte de amar*, Bogotá, Altamir ediciones, 1994, 13.

11. Sun Tzu, "El arte de la guerra", *Op, cit.*, p. 49.

12. Jacques-Alain Miller, "Conferencias porteñas, Tomo 3, *op, cit.*, p. 68.

13. *Ibid.*

14. Karl Von Clausewitz, "De la Guerra", *Op, cit.*, p. 101.